



JULIO VIDAURRE JOFRE

Julio Vidaurre Jofre (Madrid, 7 de julio de 1926 - 9 de agosto de 2004) fue un arquitecto español.

Se tituló como arquitecto en 1961 en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (actual Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid), en donde fue profesor de Elementos de Composición, y más tarde, desde 1974, catedrático de Dibujo.

Compaginará su larga labor docente, prolongada como profesor emérito más allá de su jubilación, con una obra proyectada y construida que se inscribe sobre todo en el ámbito teórico y operativo de la arquitectura escolar, en cuyo marco recibió en 1971 el Premio Nacional de Arquitectura. Él mismo se refería a la uniformidad temática de su experiencia edificatoria, y aunque no dejaba de reconocer en consecuencia ciertas carencias de su perfil profesional, acababa congratulándose por ser el educativo un campo de actuación “bastante más limpio y menos contaminado que otros.” Desde 1964 forma parte, como arquitecto contratado, de la Oficina Técnica de Construcciones Escolares del Ministerio de Educación y Ciencia, con sede en Madrid, en la que realiza su labor de proyectista junto a Luis Vázquez de Castro y Fernando Bellas Montenegro, los tres bajo la dirección de Francisco Navarro Borrás, representante español en la Comisión de Arquitectura Escolar de la UIA. Allí vivió el impacto de la Ley General de Educación de 1970, verdadero revulsivo en la enseñanza y, por ende, en la concepción y planificación de los nuevos edificios escolares.

Más allá de la frialdad de las secuencias cronológicas de lo meramente biográfico, la vida y la obra de Julio Vidaurre transcurren como un sereno aunque enmarañado camino que no permite deslindar las componentes de un discurso en el que confluyen de forma irreducible los meandros de la enseñanza, la investigación y la actividad arquitectónica.

La discreción sería sin duda la nota dominante de su personalidad. El fuerte componente intelectual de su pensamiento y la siempre ejemplar presencia de sus obras contrastan con su ausencia de vanidad y de afán de protagonismo. El perfil de Julio Vidaurre se agranda en el recuerdo de quienes tuvieron la suerte de tratarle como alumnos o compañeros suyos en las aulas



de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Podemos decir que su huella sería una de las más imborrables en las generaciones de arquitectos que comenzaron sus estudios en la ETSAM a partir de finales de los años sesenta y durante varias décadas.

Su condición humana será inseparable de su trayectoria académica. Y es este terreno el escenario donde sus aportaciones se filtrarían, discreta pero incisivamente, en decisiva ruptura con los patrones caducos, inmovilistas e inoperantes de la vieja escuela allí donde quizás era más necesario, la docencia de la disciplina del Dibujo Técnico, de la que fue catedrático entre 1974 y 1991, y hasta él sobrecargada de resabios anquilosados que frenaban todo intento de progreso y puesta al día.

Aquella discreta presencia mantenida a lo largo y lo ancho de una actividad profesional ejercida con un alto y ejemplar nivel no puede empañar el reconocimiento de la profunda complejidad de sus hipótesis intelectuales y de una obra creada desde la contención del "tempo lento" y la sutil sensibilidad de su modo de entender y producir arquitectura, que acaso fuera su modo de entender la vida.

Su propuesta de un prototipo de Centro de Educación General Básica de 16 unidades, presentada al Concurso Público de Soluciones Arquitectónicas de Centros Docentes convocado por el Ministerio de Educación y Ciencia y realizada en colaboración con el recién titulado arquitecto José Manuel López-Peláez y los todavía estudiantes de Arquitectura, Javier Frechilla y Eduardo Sánchez, mereció en 1971 el Premio Nacional de Arquitectura. Formación integral e igualitaria, libertad, claridad espacial y adecuación escalar son los núcleos ideológicos de una primavera productiva en que forma y función se entreveran en expresivos sesgos identificables, rasgos y gestos que recogen y anuncian, en y desde un "pattern" germinal y luminoso, sucesivos frutos en diversos proyectos de escuelas que construyeron un mensaje vital a través de edificios paradigmáticos en sus respectivos lugares, allá donde estuvieran: los colegios públicos Marqués de Leganés y San Pío X en las localidades madrileñas de Majadahonda y Leganés, la escuela-hogar o escuela-residencia de Ibi, en Alicante, o los centros de educación especial del barrio de Aluche en Madrid, de Cheste en Valencia, de Agost en Alicante y de Vitoria en Álava, entre otros. En todas ellas, paisaje interior y paisaje exterior parecen fundirse en un paisaje único.

Menos asequibles, más intrincados, serán los escauceos de Julio Vidaurre a través de su menos divulgada condición intelectual y humanística instalada en cierta dicotomía entre ideología e identidad. Vidaurre podría enfocarse como una "rara avis" en la especie de los arquitectos cuyos umbrales



culturales sobrevuelan los prejuicios limitativos de la edificación. Las reconocibles raíces de porte estructuralista presuponen una voluntaria formación complementaria desde los comienzos que cimientan su profunda personalidad, tal como manifiestan sus análisis y ensayos publicados en libros, revistas y otros órganos de difusión de la arquitectura, cajón de sastre de sus confesadas incursiones intelectuales, aproximaciones para una interpretación semántica de la arquitectura de autor o acotaciones al concepto de lo funcional.

A lo largo de los años, alumnos y compañeros de docencia en las aulas de la Escuela de Madrid heredarían aquellas esenciales aportaciones que concurrían en su peculiar renovación e innovación de las estrategias, los métodos y las mentalidades del entorno disciplinar de la docencia del Dibujo en y desde sus tradicionales e intemporales vínculos con la arquitectura durante las últimas décadas del siglo XX. Son muchos quienes sin duda identifican el legado de Vidaurre en este escenario disciplinar del dibujo, no solo entendido como modo y método de representación de la arquitectura sino como modelo interactivo del pensamiento teórico aplicado al ámbito empírico del proyecto arquitectónico y de la producción material de la arquitectura como hecho constructivo.

Lenguaje arquitectónico y expresión arquitectónica parecen constituir el binomio desde donde entender el dibujo tal como anhelara nuestro arquitecto. Y tales cuestiones quedarían sin duda como legado en las arcas de los archivos de cátedra en diversas publicaciones docentes, cátedra creada por él desde la concurrencia de diversas y muy ricas personalidades en su entorno, alentadas por el calor de sus profundas hipótesis intelectuales y su propia calidez humana, hervores nuevos y perdurables todavía en las aulas de la Escuela de Arquitectura madrileña. Así sería durante casi dos décadas, desde 1974 a 1991, fecha en la que recibe el nombramiento de Profesor Emérito con expresa dedicación a cursos de Doctorado hasta el año 2002, si bien su última aparición académica se documenta en la Escuela de Arquitectura el 10 de junio de 2004 en el acto de lectura de una tesis doctoral, muy poco antes de su muerte, que tendría lugar en agosto. Y el 13 de septiembre de 2004, recién fallecido, María Sonsoles Olmo leería la tesis Restitución del proceso urbanístico-arquitectónico de la ciudad de Ávila. Siglos XI a XVI, de la que Julio Vidaurre había sido director.

Comprometido con la modernidad desde su peculiar modo de entenderla, quienes mejor le conocían revelan la dedicación del maestro desde su destierro académico a cuestiones como los mundos del barroco o los del medioevo, al que ya dedicó en 1990 su obra Ciudad y arquitectura medievales. Morfologías imaginarias en Castilla y León, 1050-1450, publicada por el COAM (Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid). En los meses postreros, investigaba



sobre la vivienda madrileña del siglo XVII, resultado inevitable de la exposición El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y Corte en el siglo XVII, organizada por el Ayuntamiento de Madrid y la Fundación Caja Madrid con motivo del cuarto centenario de los nacimientos de estos personajes en 1999 y 2000 respectivamente y a cuyo comité científico perteneció, siendo autor además del tomo segundo de la publicación: El plano de Texeira. Lugares, nombres y sociedad. Ligado a El Escorial, Julio Vidaurre frecuentaría esta localidad serrana madrileña en sus retiros veraniegos, en donde era posible encontrarle con frecuencia.

En resumen, sin traspasar nunca los límites mediáticos de los entornos de la arquitectura espectáculo y de los arquitectos estrella, Julio Vidaurre representaría la fidelidad sin estridencias a una moderada pero eficaz vanguardia académica y profesional.

Julio Vidaurre Jofre recibe el Premio Nacional de Arquitectura en 1971.

<http://www.epdlp.com/premios.php?premio=Nacional%20de%20Arquitectura>

